



Código documento: 041cas
Nombre documento: Relatos y cuentos: El encargo cumplido
Idioma: Castellano
Fecha creación: 24 de abril de 2009
Autor: Gregorio de Zaragoza

El encargo cumplido

Los días ya se alargan. La nieve se funde en las solanas y en los bordes de los caminos. Almendros y cecezos están floreciendo. Los narcisos se inclinan, respetuosos, al paso del sol.

Yo, he vuelto a mi casa.

Aún hace frío pero ya no me entumece los huesos; solo que, aún siendo un frío llevadero, alguna ráfaga despierta un dolor punzante en la soldadura de mis huesos rotos.

Fue una fractura limpia, ¡y menos mal!, pues de haber sido de otra manera, mi recuperación y la espera hubiesen sido más largas y dolorosas.

Fue el bordón el que me libró de romperme la crisma en la caída. Me libró mi bordón y yo lo perdí entre las peñas en las que caí por acortar camino. No pude recogerlo cuando, de forma milagrosa, los monjes me localizaron y rescataron del despeñadero. Lo eché de menos durante mi convalecencia y luego, cuando de regreso pasé por el lugar, ya no pude encontrarlo. Es posible que lo recogiera algún peregrino y que hoy repose en Compostela o bien esté, como yo, de regreso a una remota aldea de algún exótico país.

Sólo si hago un esfuerzo, puedo acordarme de los largos días que pasé frente a la tosca ventana. Me resulta imposible relatar los sentimientos que inundaron y arrasaron mi alma mientras veía pasar a tantos y tantos peregrinos avanzando hacia su meta, mientras que yo permanecía postrado en un catre, frente a una ventana a la vera del camino. Sus gritos ¡Ultreya!, ¡Ultreya!, llegaban a la vez a mis oídos y a mi corazón y las lágrimas arrasaban mis ojos.

Yo sólo pensaba en el día en que podría continuar el camino, para cumplir con mi encargo y mi palabra dada.

Hoy quiero creer, aunque no me consuele, que la caída fue providencial...

Me parece que este relato es un caos. Creo que debo de empezar la historia por el principio, para luego continuar desde este momento en el que ya veo el final.

Estamos en el comienzo de abril y casi hace un año que salí de mi casa, al comienzo del mes de mayo.

Yo fui el encargado de hacer llegar a la tumba de Santiago el voto de los habitantes de mi aldea, encomendándose a él, para librarse de la hambruna y la plaga que nos asolaba.

Lo habían decidido en Consejo, un joven de la aldea iría en peregrinación a Compostela, allá en el Finisterre, y pondría a sus habitantes bajo la advocación del Santo Apóstol que tan unido estuvo a Cristo. Todas las familias aportaron una cantidad destinada a sufragar los gastos del viaje y pertrechar al enviado. Se hizo el sorteo y salió mi boleta, el elegido fui yo. Podría haber salido el nombre de cualquiera de mis vecinos, más o menos de mi edad pero mucho mejor preparados para la orientación y la vida al aire libre. El destino o quizás Santiago, habían elegido al más débil.

Lo hablé con mis padres. Les consulté si estarían dispuestos a pagar a otro joven del pueblo para que fuese en mi lugar, pero la escasez de los últimos meses había mermado considerablemente nuestros ahorros y, además, habría sido una grave afrenta rechazar el encargo de representar a la aldea.

Así que estaba decidido y el día 8 de mayo, todos mis vecinos se congregaron a la puerta de mi casa para despedirme y admirar el extraordinario equipaje que entre todos habían costado. Sus esperanzas estaban depositadas en mayor medida en el bordón, en el sombrero, en las botas con polainas o en la capa con esclavina, que en el paisano que las vestía.

La tristeza de mi corazón era insondable, en contraste con la alegría que demostraban mis vecinos por no haber sido ellos los destinados a tan peligroso viaje.

Mi tristeza estaba justificada, ya que yo estaba convencido de que moriría en el viaje. Y a punto estuve de hacerlo en los Montes de Oca, donde tuve el desgraciado accidente que me precipitó entre las rocas, quebrándome los huesos y casi las esperanzas de llegar a Compostela y cumplir mi encargo. Sólo gracias a la intervención de los mojes soldados, que me rescataron y cuidaron, pude sobrevivir, recomponer mis huesos

rotos y reestablecer las esperanzas perdidas.

Dos meses después continué camino de Santiago.

No podéis imaginaros la alegría y satisfacción que sentí cuando vi las torres de la Catedral. Había cumplido mi misión y poniéndome a los pies del santo había salvado a mi aldea, a mis vecinos, a mis amigos, a mis padres. Gracias a mi esfuerzo y sacrificio conseguiríamos la intercesión del Santo y cesaría la plaga asesina.

Con renovadas fuerzas inicié el regreso y:

¡A qué velocidad crucé mesetas y montañas!

¡Con qué decisión vadeé ríos y sorteé peligros!

¡Con qué alegría pasé miedo, hambre y frío!

Volvía mi hogar.

Volvía a mi pueblo al que imaginaba contento y agradecido de que, con mi esfuerzo y sacrificio hubiese conseguido la mirada de Santiago y éste, oyendo mis plegarias, habría hecho cesar la plaga.

Tras la colina se encontraba mi casa, mi corazón golpeaba con fuerza mi pecho. Casi corría por los campos en donde no veía señales de los rollizos corderos de nuestros abundantes ganados. Tampoco se dejaban ver las grandes vacas cuidando de sus terneros en los pastos de estas tierras que llevo en mi corazón.

Desde la colina ya se ve mi casa... No hay ni humos, ni perros, ni niños, ni gentes que salgan a recibirme. Sólo hay silencio. Los edificios están hundidos y quemados. Sus restos son como las costillas de un animal muerto en el desierto. Mi aldea no existe, ya nadie la habita.

Con gran angustia y desolación recorrí la comarca preguntándome que había sido de mis padres, parientes y amigos y no encontré a nadie. Miento, sólo encontré a un anciano, de una aldea vecina, que cumplió con la cristiana misión de ir enterrándoles conforme fueron muriendo.

Yo, al estar lejos, me salvé de la peste. Hoy quiero creer, aunque no me consuele, que la caída fue providencial... No siempre las cosas acaban bien, por más que nos esforcemos...

Gregorio de Zaragoza